

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

*“Podrán los encantadores quitarme la ventu-
ra, pero el esfuerzo y el ánimo, es imposible“*

Decía DON QUIJOTE

Separata del fascículo XXXIII
publicado en Abril de 1971



La casa de Cervantes aparece hoy por cuarta vez en esta obra, cada reproducción con una fisonomía distinta y en la de hoy con la cualidad de que se vea claramente la lápida que había sobre la puerta de la calle y debajo de la ventana de cuarterones que tenía la cámara.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

SEPTIEMBRE 1971

Publicaciones de la
FUNDACION MAZUECOS
Alcázar de San Juan

Separata del
Fascículo XXXIII

EXPLICACION

La demanda que ha tenido el libro 33 de esta obra, motivada especialmente por el trabajo sobre el molino de viento manchego, nos obliga a hacer por separado una tirada de ese escrito para corresponder al interés de toda la comarca y que quede bien grabado en su historia el arte de la molinería.

Es posible que este trabajo no sea todo lo completo que se desearía pero no dudamos que los lectores nos harán presentes las faltas o equivocaciones que observen y que recibiremos con agradecimiento especial.

Las cualidades singulares del cliché del molino obligan a ponerlo al final del escrito y en página doble y central, que dejaría en blanco las hojas de la mitad posterior de este cuadernillo y para evitarlo se reimprimen en ellas algunas de las páginas menos conocidas de esta obra.

No será menester decir el sacrificio que esto representa, pero bien lo merece el motivo que es símbolo de nuestra región y del espíritu de la mejor obra literaria que conocieron los siglos. Todo sea en honor y gloria de La Mancha y de sus valores eternos.

INDICE

Contraportada 1. ^a
La Casa de Cervantes
Contraportada 2. ^a
Desamparo
Página 1
Explicación
Página 2
Molinos de Viento
Página 16
Aclaraciones
Página 19
Necesidad de la pobreza
Página 20
Pozo Cardona y Moraleja
Página 22
Azorín y Alcázar
Página 26
El sillón del abuelo
Página 27
Viejas de mi familia
Página 28
Chicas de mi ayer

MOLINOS DE VIENTO MANCHEGOS

En cualquier lugar de la Mancha, porque en el que fuere hallaremos la asentada llanura, moteada de barbechos y escuálidos trigales salpicados de amapolas, el cielo raso y la descomunal figura del molino de viento recortada en el horizonte, podemos acometer la ya casi quijotesca aventura de puntualizar cual era el mecanismo que utilizando como fuerza motriz el viento que manda Dios nos molía el grano para hacer el pan nuestro de cada día.

Mucho se ha esforzado el manchego para arrancarle a su tierra el sustento y profundas las raíces que necesitó para lograrlo, pero en vano se sacrificará para cambiar la pobreza de su suelo, que le hizo andariego caminando detrás de las ovejas de que vivía. Y la andadura interminable le hizo soñador, amigo de la caza y lucubrador entre sí.

Hay sin embargo, con referencia a los molinos, un cierto lugar en cuesta que sobresale por encima de todos y que ha tenido el fino gusto y acierto de singularizar su «sierra», en la que forman especial crestería los molinos de viento, que si no son los 30 ó 40 que alucinaron a Don Quijote, son los más numerosos y mejor conservados que en ninguna parte, incluso uno con todas las piezas primitivas. Pocos transeúntes habrán dejado de recrearse en el bello aspecto de Campo de Criptana, cuyo caserío, pregonero del cuido de sus mujeres, blanquea desde una legua y atrae con su corona de molinos a los trajinantes más distraídos.

Lo que vemos por fuera, lo que pudo ver y vio aunque transfigurado por su ideal, nuestro caballero andante, es una obra de mampostería de forma rigurosamente cilíndrica, detalle importante para diferenciar el molino manchego de otros, nacionales o extranjeros, que son cilindro-cónicos en mayor o menor grado.

Es una construcción de sólidos cimientos y gruesa muralla hecha con yeso de los Anchos y piedra firme, con ciento cuarenta cahices de yeso, dicen y según nuestro primer arabista Julio Maroto, el cahiz, medida de áridos, hacía doce fanegas, la fanega doce celemines, el celemin cuatro cuartillos, el cuartillo cuatro ochavos y el ochavo cuatro ochavillos. Según otro allegado, el cahiz tiene efectivamente doce fanegas y equivale a 666 litros, pero como medida de peso para el yeso, el cahiz se divide en 24 costales y tiene doce fanegas de siete arrobas y ocho libras castellanas cada una, luego si se necesitaban 140 cahices y cada uno tenía 24 costales, se gastaban en la obra 3.360 costales. Y de aquel yeso, que de muerto no tenía nada y sí mucho de bravo, lo que explica que, aun desmantelados, resistan los condenados el paso de los siglos y las agresiones de toda índole, pues hay paredones para rato.

La obra del molino, hasta el enrase de la muralla, sin contar la cubierta o capucha, mide alrededor de ocho metros de altura. La capucha tiene en la cúspide o centro del cucurucho un grueso madero

llamado fraile, al que van a fijarse los palos que sostienen la cubierta y la extremidad superior del gobierno.

La obra está cimentada en una explanación como de un celemín de tierra, formada en lo alto de un cerro.

En el lado opuesto al que sale el palo del gobierno por debajo de la cubierta y también a la altura del enrase de la pared, la capucha tiene una especie de tronera, buhardilla o castillete por donde sale la cabeza del eje en la que se fijan las aspas, auxiliándose de un vástago que lleva en el centro a modo de espigón llamado pijote, como de diez centímetros de diámetro y 25 de largo, que sirve de apoyo para colocarlas. Al lado de la tronera hay en la cubierta una ventanilla practicable por la que sale el molinero para acuñar las aspas.

Tanto el montaje como la fijación de las aspas en el eje mediante cuñas de madera, son trabajos de fuerza y habilidad. El molino tiene en su pared del poniente, a ras del suelo, un agujero al que le llaman del muerto, porque en él se entra, tendido, perpendicular a la pared, un gran madero, mayor que una traviesa de la vía, al que se pone una garrucha y otra en el punzón o pijote del eje del molino, para subir las velas con su maderamen, utilizando maromas y sogas con las que se hacen tres lazos a cada palo, uno en cada extremo y otro en el centro y se les sube de punta, soltándose los lazos desde abajo según se van sujetando los palos en el eje.

La garrucha del muerto se pone cerca de la pared y la del pijote en su base, con lo que quedan las maromas inclinadas y la oblicuidad les impide salirse. La garrucha lleva una cadena para sujetarla al muerto y que no se pueda levantar y se acciona con el borriquillo, que es el

que sube las aspas colocándolas desde abajo en las cajas del eje, dejándolas pendientes de acuñación, desatándose desde allí también las lazadas. Esta maniobra se lleva a cabo estando el molino orientado al ábrego o poniente.

Las cuñas son pedazos de tablón de unos 80 centímetros de largo por 20 de ancho y un grueso de 10 en la cabeza y 5 en la punta. Su colocación se lleva a cabo de pie sobre la cabeza del eje, golpeando con un mazo de carrasca que pesa seis kilos. Se le concede tanta importancia al acuñar en el arte de la molinería que es uno de los motivos de apuesta entre los del oficio para ver cual la entra más, después de que otros la hayan hecho avanzar todo lo que puedan. Todas las faenas de la molinería son de fuerza, valor y de conocimiento en el manejo del arte, pues entraña serios peligros en muchos momentos. Un golpe de viento puede volcar la cubierta, como vió Tiburcio en alguna ocasión y siempre son peligrosísimos los vientos arremolinados de las nubes que no da tiempo a recoger las velas. En algún golpe de las aspas al acuñar separó la cabeza del tronco al molinero.

Sea cualquiera la orientación del molino y su estado de funcionamiento o de quietud, se ve a un lado de la capucha el armazón de las aspas y en el opuesto el timón o gobierno, que sale entre la capucha y el enrase de la muralla en dirección oblicua, de arriba abajo y de dentro a fuera, hasta el suelo. hacia los hitos que están colocados simétricamente alrededor del molino y a unos ocho metros de distancia de su pared, en número de ocho, dicen, en todo su contorno, pero en el de Criptana hay diez hitos y separados uno de otro cinco metros y medio aproximadamente y sirven para sujetar el gobierno una vez colocado mediante el borriquillo,



He aquí al chico mayor de Sotero —Francisco Camacho Barrilero— que como sus hermanos, se quedó con el nombre del padre como apodo y nadie le llama más que Sotero y la verdad es que, cuanto más viejo, más se parece a su padre, hasta en las gafas y en la papada.

En el retrato se le ve cuando era mocete y molinero, en la edad de las quintas poco más o menos, una mano en la media y otra en el trozo de ramal que los borricos solían llevar atado al cuello para poder sujetarlos, porque iban sueltos, un costal vacío al hombro y otro, no lleno, cruzado sobre el animal, que es borrica y está llena, lo contrario del costal, como se le nota en la cara, en la parada y en la panza.

Aunque aquí aparezca Sotero cogido de la borrica y lo fuera alguna vez, su estampa típica y genuinamente alcazareña, que se veía a diario y muchos recordarán volviendo la esquina del Cristo Villajos o subiendo la cuesta de la Cruz Verde, es la de ir con la media hanega a lo largo del cuerpo, debajo del brazo y andando al pie o detrás del borrico, que le marcó siempre el paso lento, pero continuo, incansable e interminable, que sigue por fortuna, no mucho más lento, firme y seguro. Una cosa le falta, pero es porque creo que no la llevó nunca: la vara de arrear al borrico metida en la faja y cruzada en sus riñones, que solían llevar los molineros y los de otros gremios cuyo carguío les obligaba a ir andando detrás de la bestia, como los hueveros, el hombre de la greda, los mieleros y muchas veces también los migueletes y herencianos con los frutos de sus huertas.

Cecilio el de Sotero cuenta que su padre tuvo una borrica blanca que iba sola de la casa al molino y del molino a la casa, sin cabezal, sólo con el típico roncal al cuello y su padre la montaba, siempre por detrás, cosa que sólo puede hacerse con los animales muy dóciles, porque ninguno quiere bromas con el cujo y siempre hay que dejarse ver,

que es una especie de cabrestante o torno vertical que sirve para moverlo y cuyas piezas reciben los nombres de pelotillas, arboletes, la plataforma, las riendas y la manezuela con la que se le da vueltas y lleva la cadena al palo del gobierno para poner el molino frente al aire. Todo ello se aprecia con claridad en las fotografías y dibujos de Chaves. El extremo inferior del gobierno lleva un agujero para atarle el borriquillo y en otros casos un pezón de madera.

La obra del molino, presenta en el contorno superior de su pared, a unos 35 centímetros del enrase, doce ventanillos, de unos 20 × 30 centímetros, con diez aires o puntos que aprecia el molinero al asomarse y que son: ábrego hondo, ábrego fijo, toledano, mariscote, cierzo, matababras, solano alto, solano fijo, solano hondo y tres ventanillas al mediodía.

Hermosa estampa la del molino de verdad aun estando parado, pero funcionando es una auténtica locura, para deslumbrar, no ya a los propicios a las fantasías, sino a los más tranquilos ánimos de los caminantes sosegados.

Las aspas del molino de viento manchego, que tanto alucinaron a Don Quijote, vistas desde lejos parecen gigantes, cuyos brazos calculó el hidalgo a ojo como de dos leguas, pero es que desde la meseta del molino resultan descomunales. Son dos las aspas, formada cada una por dos velas, que se fijan en la cabeza del eje que hemos visto salía oblicuamente por el castillete o tronera de la cubierta del molino. No van afrontadas sino colocadas una por delante de la otra, sirvien-

hablarles y acariciarlos para que no se asusten al dar el brinco, se retiren y se dé una hocihada que reviente. Recuerdo haberle visto más de cuatro veces caballero en el anca, a pelo, más tieso que un ajo, según era y se le ve al pie del molino en la fotografía del fascículo segundo.

do de asiento o armazón a cada par, otros palos fuertes llamados macho y remacho, en la forma siguiente: cada aspa está formada por un palo largo y fuerte llamado vela, que va desde la extremidad libre del aspa hasta el eje en el que se fija mediante cajas y cuñas. Cada vela mide 8 metros de longitud y por lo tanto cada par de aspas miden 16 metros, más el grueso del eje que viene a resultar alrededor de 17 metros. Cada par de velas va unido por otro palo más grueso llamado macho, abrochado firmemente con trecheras a las velas y que mide unos 12 metros de longitud. Sobre ambos va otro palo más recio y corto, de unos 7 metros, llamado remacho, todos bien encajados en el eje al que atraviesan.

Las aspas, que son siempre de forma rectangular en el molino manchego y no triangulares como en los de otras regiones, miden 7,5 metros de longitud por dos metros de ancho y llevan un armazón de cábríos más o menos gruesos colocados en sentido longitudinal y transversal formando un bastidor llamado telera que sirve, como su nombre indica, para sujetar la lona que ha de recibir el aire como las velas de los barcos. Los cábríos traspasan el palo llamado vela en dirección oblicua como las hélices y los molinillos de los chicos, que si la pala de arriba se inclina hacia la derecha, la de abajo lo hace a la izquierda. Desde el bastidor al eje queda un trozo de vela sin cubrir para evitar el encuentro o choque de un aspa con otra y los cábríos transversales sobresalen unos cinco centímetros de los longitudinales para abrochar la sogas que corre por las asillas de la sogas llamada fija por estar cosida al borde lateral de las lonas. Es decir, que la lona que cubre las teleras y sobre las cuales azota el viento, llevan cosida una sogas a cada lado en senti-

do longitudinal, con diez asillas de esparto distribuidas en toda su longitud a cada lado, cuatro arriba y tres abajo. Por las asillas se pasa otra sogas llamada corredera que es la que se sujeta en los extremos libres de los cábríos transversales de las aspas, sin más que abrazarlos o abrocharlos como botones para dejar las lonas sujetas, por contribuir a ello también la fuerza del viento que las azota.

Gran estampa la de este gigante braceando en lo alto de un cerro ante un horizonte que se pierde de vista, con un aire que aturde y un crugir que sobrecoge y asombra, chasqueando tan ruidosamente las enormes y resacas maderas que forman su pesado armazón y que se mueve velozmente aunque no hasta perderse de vista.

Tan grande obra tiene, por lo general al mediodía, una puerta pequeña, de una hoja, como embutida en la pared y una dependencia aneja al caer de la plataforma llamada silo, casi siempre en forma de cueva o con poca obra de albañilería, aprovechando el declive del terreno, que sirve de almacén, de cuadra y de cocina, para el molinero y los arres.

La puerta se ve pequeña, aunque permite el paso cómodo, por la magnitud de la obra y por estar enrasada y fija en el quicio de dentro, como las de las quinterías, lo que las hace quedar como embutidas en la pared y ser menos vulnerables, más difíciles de violentar. Las más antiguas son de las llamadas quicialeras, por ir sujetas y articuladas mediante bisagras en un fuerte larguero adosado a uno de los costados de la puerta. Este larguero sobresalía más de una cuarta por encima del cabecero de la puerta, formando un espigón cilíndrico, que era el que entraba en el quicio embutido en la pared. Este quicio era otro tarugo fuerte, ho-

radado en su centro proporcionalmente al espigón que debía recibir.

En muchos casos la quicialera era el mismo larguero de la puerta prolongado en el espigón de meter en el quicio. En estos casos no llevaba bisagras y solía tener un guiño en la parte inferior del larguero, la opuesta al espigón, para dar seguridad a la puerta al abrirla y cerrarla.

La puerta quicialera se cerraba por dentro con un garrote fuerte llamado tranca que ofrecía bastante seguridad por no haber forma de actuar sobre ella desde fuera más que rompiendo la puerta. No tenían cerco ni lo necesitaban.

Este sistema se aplicaba también a las ventanas y mucho en las cuadras y gorrineras que quedaban cerradas con un clavo o un palo a modo de cerrojo metido en un agujero de la pared, con lo cual y el espigón del quicial quedaba fija la puerta. Llamemos a ella para que el molinero quite la tranca y nos deje ver lo que hay dentro.

La puerta, enrasada con el borde interno de la obra, se abre para adentro libremente, contra la muralla de la derecha, rozando la escalera de caracol que está adosada a esta pared y que es también de yeso, con más de un metro de anchura en cada peldaño, que es aproximadamente el grosor de la muralla de la calle.

En esta escalera de forma de caracol se ponían los costales, uno en cada escalón, vertical y sobre ellos, cruzados, los que se podían sostener para aprovechar el terreno.

Frente a la escalera, a la izquierda de la entrada, la cuadra, donde llega por un canalón de madera, la vertiente de la molienda y se tienen los costales para recogerla. A la derecha de este canalón está, pendiente del techo, el alivio, contrapeso de hierro, de forma ovoi-

dea, de unos cinco kilos de peso que pende de un ramal recio y en el hueco de la escalera los atrojos de echar la maquila.

La escalera ancha llega hasta la primera planta, que es un rellano llamado camareta, también para los granos, para la vertiente del canalón de la harina de titos y para los cedazos del cernido. En la camareta se estrecha la escalera, quedando los peldaños de unos 80 centímetros reduciéndose también el grosor de la muralla. En realidad, la escalera se va comiendo la muralla, pues de lo contrario saldría en medio de la habitación.

Frente al canalón de la harina de titos, situado en la pared derecha de la camareta, hay, a la izquierda de la entrada, una gran alacena donde se guardan trastos del molino y herramientas, entre ellos las lonas con sus sogas bien dobladas. En la pared del mediodía hay una ventanilla que desde fuera se ve sobre la puerta del molino y al pie de ella, en el suelo, los tablones quitables para subir y bajar las piedras de moler. Esta delicada maniobra se lleva a cabo con el aire, estando el molino a cierzo, con las lonas puestas y funcionando. Quitados los tablones que cubren las piqueras de las dos plantas del molino, se pasa una maroma por el agujero de la piedra y se anuda y se ata al eje por la otra punta. Al andar el molino se lía la maroma en el eje y eleva la piedra entera y de canto.

La alacena forma el techo de la escalera en su primer tramo y vista por dentro, aunque espaciosa, forma una cavidad cortada a cuchillo, impuesta por la forma circular de la pared externa del molino.

En la techumbre de la camareta van los marranos, que son dos vigas enormes de madera sin san-

grar, que van de pared a pared y miden 40 centímetros de ancho por 40 de altura, y sirven de asiento a la bancada del empiedro.

Continuando la escalera de caracol, ya más estrecha, se sube al moledero o habitación de las piedras. La obra sube dos metros escasos del piso del moledero y queda enrasada con una solera o anillo de madera de 16 centímetros de ancho y casi igual de recio. Sobre este anillo se sienta el telar, enorme artificio, todo él giratorio sobre dicho anillo, cuidadosamente ensebado, para acomodarlo a la dirección del viento y que está formado por cuatro madres o vigas muy gruesas, parecidas a los marranos, embutidas unas en otras por sus extremos. Miden 85×90 centímetros de recio y en las que descansa y abrocha el gobierno, 60×70 . Las cuatro madres grandes van enlazadas por dentro con otras del mismo grosor y menor longitud para formar el círculo básico del telar y las cuatro grandes van sujetas en su parte vana por dos panecillos o maderos algo más delgados para cada una, que hacen ocho panecillos.

En los dos panecillos donde termina el eje del molino lleva un soporte de maderas fuertes sujetas por trecheras o barrones gruesos que pasan las maderas y en su extremidad saliente llevan una perforación donde se atraviesa un colmillo que le impide salirse, en lugar de tuerca. Estos maderos forman la meseta donde se coloca la riedra del rebote, que es el asiento de la extremidad terminal del eje, con una escotadura en forma de media luna, donde entra, excavada en la piedra formando una caja con tope por detrás para que no se salga el eje. Dicha piedra de rebote o de tacón tiene 0,48 de altura, 0,56 de ancho y 0,38 de espesor.



Tiburcio —Francisco Cicuéndez Heras— apellidos que trascienden a raigambre de las Pueblas, antiguo molinero y guarda actual de la "sierra" de Criptana, receptor de turistas, con su garrota como sostén y arma y su sombrero de escarapela verde como emblema, explica el funcionamiento del borriquillo para cambiar el gobierno del molino, que no lo consiguen con sus motores los bromistas que llegan hasta allí con sus camiones y alardean de potente modernidad. El palo del gobierno, levantado en la punta con un garrote, cruza sobre los interlocutores como brazo de grúa abatido sobre la cubierta de una embarcación.

Por donde entra el eje desde la tronera de la cubierta, van sentadas las madres sobre las cuales y reforzadas con grueso tablón, se apoya la piedra llamada bóllega que soporta el eje, escotada en forma de media luna formando un cuello y mide 0,75 de altura, 0,60 de ancho y 0,36 de grueso. A un lado tiene la ventana ya conocida por donde el molinero acuña las aspas contra el eje utilizando un mazo de encina que pesa seis kilos. La encina y el roble son las maderas usuales en el molino para todo.

A cada lado de la piedra bóllega o cuéllaga, lleva unos tiradores su-

jetos con tensores de hierro al fraile o madero central de la capucha, para que no se desvíe la piedra b6- llega.

La cubierta es de zinc, ahora; antes lo fue de madera y mucho antes de ramaje. Los palos que la sostienen se llaman plumas y van desde las madres al fraile, en número de 24, de 3,80 metros de largo, sujetas con las costillas.

El fraile es un palo corto y grueso que mide un metro veinte centímetros de longitud y unos 0,45 de recio, que sobresale de la capucha unos cuarenta centímetros, al que además de las plumas o palos de sostén de la capucha, va a parar el gobierno o timón del molino, con el que se mueve todo el armazón llamado telar para orientar las aspas en el sentido del aire. Este gobierno es un rollizo grueso, de una pieza y quince metros de largo, que como ya se ha dicho sale por debajo de la cubierta y va hasta el suelo, sujeto por arriba al fraile por una espiga y una trechera. La cubierta tiene una altura de 3,10 metros y por lo tanto el molino resulta con unos once metros de alto, altura muy superior a la de cualquier casa encamarada de la Mancha.

El eje tendrá unos ochenta centímetros de diámetro, tallado con hacha carretera o azuela y que lleva en su cabeza que queda al aire, montadas las aspas, entra por la tronera en dirección oblicua de arriba abajo y atraviesa todo el telar, hasta la piedra del rebote en cuya proximidad lleva unas abrazaderas de hierro para que no se pueda elevar al haber cambios de aire. En su parte media anterior lleva montada la rueda del aire o rueda catalina, colocada verticalmente con la inclinación del eje, de unos cuarenta centímetros de gruesa y dos metros sesenta centíme-

tros de diámetro, formada por un entramado de tarugos o cruceros. Es lo más impresionante del molino al llegar al moledero y sin duda el fundamento del dicho de querer hacer comulgar con ruedas de molino, porque eso no hay quien se lo trague. Esta rueda, está formada en su contorno por ocho trozos o piezas firmes a modo de pinas de las ruedas de los carros, abrazadas con lañas grandes y sólidas, de hierro, por ambas caras y contrapeadas, lleva en el centro de su cara interna, la que mira al centro del molino, opuesta a la de los cruceros, los puntos, dientes o peinaos que atraviesan la rueda y engranan con los husillos de la linterna. Estos peinaos, en número de 40, tienen forma de cuña en sus dos extremos, doble cuña, con 0,46 centímetros de largo, de los cuales 12 centímetros son los que mide el diente de engranaje. La extremidad posterior va perforada y en la perforación lleva otra cuña de madera para que no se salga el diente.

La linterna, con la que engrana la rueda catalina es como un cubo de rueda de carro, pero mucho más grande y resistente, incluso con abrazaderas de hierro que se desabrochan para recambiar los husillos, que son ocho, distribuidos en su contorno y se untan con jabón para suavizarlos y disminuir su desgaste. La linterna mide 0,60 de altura por 0,50 de grosor y los husillos de la misma 0,28 de altura por ocho y por diez.

Esta linterna o cubo, está colocada verticalmente en el centro del moledero, encima de las piedras, paralela a la rueda catalina, ofreciéndole su panza con los husillos a la rueda catalina cuyos dientes han de engranar con ellos para mover el molino. La linterna tiene como eje un barrón que por arriba entra en un palo gordo y curvo. de

convexidad externa para no estorbar a los dientes de la rueda catalina y que va apoyado por sus extremos en el telar y recibe el nombre de puente. El otro extremo del barrón o eje de la linterna va a parar a la labija de la piedra mediante dos patillas que van embutidas en la piedra y son las que la mueven, continuándose por debajo de la labija en un barroncillo que va a la sopuente con un punto que entra en la rangua donde se pone la grasa para que no se encienda. La rangua sale de la sopuente o palo gordo situado debajo de las piedras llamado cárcel, donde se apoya el caballo al funcionar el alivio.

La rueda catalina o del aire lleva un freno de madera de fresno, dividido en pedazos para darle flexibilidad y que se adapte a la rueda, todo ello unido por un fleje o pletina de hierro colocada en la parte media de su borde externo. Este freno lleva un gancho resistente que lo sujeta al telar y por el otro extremo a un palo que le hace de contrapeso, con un cordel que pasa por un carrillo, garrucha o polea para accionarlo fácilmente y basta tirar para echar el freno. En el lado opuesto hay una cadena gruesa llamada traba para fijar la rueda y con ella las aspas.

Correspondiendo al barrón de la linterna, en el centro de la habitación hay una bancada de mampostería con un hueco en el centro para el eje del aliviadero, que va a nivel del piso de la habitación. Sobre la bancada va cogida con yeso la piedra llamada solera y encima de ella la volandera o corredera, suelta. Las caras de las piedras que se contactan se pican y se las hacen rayones en forma de abanico. Merced a estos rayones la molienda es de diferente grosor. En la parte central o más próxima al eje del abanico que es el de la pie-



Tiburcio al lado del empiedro, explica el funcionamiento de la guitarra. Sobre las cabezas es muy ostensible el armazón del telar. El palo curvo y blanquecino que lo cruza a la izquierda es el puente, en cuyo centro entra el barrón de la linterna que se ve debajo de él.

dra misma, donde la molienda es más gruesa, el rayado recibe el nombre de pechos. La parte distal del rayado, la más próxima al contorno de la piedra, donde la molienda queda más fina, ya para salirse de las piedras, la llaman finarte.

Las piedras pueden estar más o menos en contacto y para elevar o sentar la volandera, lleva en el hueco que vimos en la bancada, una sopuente, como una traviesa de la vía, perforada en su centro para pasar el eje de la piedra solera, que encaja abajo en una especie de cojinete con tres vástagos que se juntan o se separan para empujar el eje de la piedra. La sopuente va unida al caballo como ya se ha dicho y éste al alivio, que por medio de unas cuerdas de ramal baja al primer piso, próximo al cana-

lón de la harina y sirve para regular desde allí el grosor de la molienda.

Las piedras van cubiertas en todo su contorno con dos grandes cajones llamados guardapolvos, para que toda la harina vaya al canalón o cajón cerrado que llega hasta los costales colocados en el piso bajo. Sobre la misma bancada de las piedras van los banquillos, que es un bastidor de cuatro patas que soporta la tolva, debajo de la cual está la canaleja y sobre ésta la guitarra, formando un artificio tan simple como útil para regular la caída de los granos que se han de moler. En realidad es como el astil de una guitarra con los trastes desiguales. En este caso los trastes son escotaduras que baten sobre el barrón de la linterna, que no es cilíndrico y siguen el ritmo de éste. La punta del astil de la guitarra golpea más o menos en la canaleta de la tolva y por el otro extremo lleva una cuerda que pasa por un listón atravesado horizontalmente, con ranuras en toda su longitud para colocar la cuerda en una u otra inclinación y que la guitarra dé más o menos en el barrón. La cuerda se lía en un husillo vertical, como un caliche fijo más allá del listón y que lleva un clavo gordo, de los de enmaderar, para manejarlo y liar la cuerda como se hace en las trócolas. El tableteo de la guitarra sobre el barrón de la linterna, según disponga los mandos el molinero, hace que caiga más o menos grano de la tolva y la guitarra puede tocar o no tocar según quiera el guitarrista.

Las piedras de moler son de pedernal y constan de tres o cuatro pedazos que se unen con unas abrazaderas de hierro o aros llamados cellos. Miden metro y medio de diámetro por 0,24 de grueso. La rodadera lleva en su lomo una mangueta pequeña, pero como la de los cu-

bos de los carros, llamada abujo, que sirve para moverla al soltar el alivio mediante una pequeña palanca de hierro.

El diámetro interior del molino, tanto en la primera como en la segunda planta, es de 3,75 metros. La tercera planta o moledero mide cinco metros.

Mencionada la obra del molino y las piezas de su artefacto, falta, como en la Creación misma, el soplo divino que lo ponga en movimiento. Y el tendido de las teleras que recojan el viento que ha de mover el pesado armazón.

Nadie que no haya estado en lo alto de un molino puede creer la cantidad de aire que hace a su alrededor y que, bien orientado, rara vez deja de ser suficiente para una buena molienda, siendo, por lo común sobrado la mayoría de las veces y estruendoso su crugiente empuje y veloz rodar, cien veces más que el de la carreta de bueyes por empinada cuesta arrastrando una montaña de carrasqueño ramaje.

No fue nada raro que cuando la ventura puso a Don Quijote orilla del molino y se decidió a acometerle con furia, «un poco de viento» moviera las aspas e hiciera la lanza pedazos llevándose tras sí al caballero y la cabalgadura echándolos a rodar maltrechos por el campo. Le sobra mucha fuerza al molino, como al tren en marcha, para quitarse de en medio cualquier estorbo y todavía es mucho más espantoso, mucho más crugiente y espantable su accionar, moviendo más brazos que el gigante Briareo. Y basta enganchar el borriquillo al timón y accionar la palanca para rotar sin esfuerzo el pesadísimo telar y poner las aspas a favor del aire para que el molino empiece a voltear con estrepitoso crugir del maderamen reseco y chirriar de

sus mecanismos en medio de un zumbor ensordecedor del viento que aturde y abate al más templado.

Hemos visto el molino por fuera como todo el mundo y por dentro como los molineros. Lo hemos echado a andar y contemplado de moler y como los mismos hechos deben dar lugar a idénticos resultados, el hombre podrá, si es que no se decidiera a conservar uno como pieza de museo, juntar los útiles y sus circunstancias y darse cuenta palpable de lo que fue de rústico, de ingenioso, de trabajoso y de arriesgado, el mecanismo que se utilizó durante siglos para hacer las harinas que fueron base de la alimentación de la humanidad y motivo de intangible consideración para los gobiernos, cuando se menospreciaban los pepinos y los omates, que ahora tanto se estiman, y se consideraba la cesta del pan, que ya no existe, el único envase que no podía estar vacío en ninguna casa.

En Alcázar los molinos más favorecidos por el viento fueron los del Cerro de San Antón que molían incluso cuando los demás estaban parados. Y el aire mejor para todos el solano, que sopla de donde nace el sol, de ahí su nombre. Como el aire no viene por un canuto, puede soplar de más arriba o más abajo y de ahí las variedades que distinguen los molineros y se han anotado anteriormente.

El cierzo es el aire que sopla del norte y cuando se sube un poco hacia solano le dicen matababras por que es rematado.

Los aires van siempre, y nadie podía ignorar eso antes en Alcázar, de izquierda a derecha, de norte a este y sur. El ábrego sopla del sur y es el peor para los molineros, pero lo aprovechan, porque lo peor es cuando no anda ninguno, por eso se conserva el dicho, demasiado ol-



Los autores sellan con esta fotografía el recuerdo de su visita a las momias de los molinos, que tuvo el carácter de médica por lo breve y por lo descriptivo de su anatomía.

vidado en el mundo actual, de que hay que moler cuando anda aire, aunque sea de noche.

Con aire regular, la molienda era de unas tres fanegas de candeal por hora y la fanega tenía unos 43 kilos. De ellos decía el molinero:

—Tin, tin, de cada fanega un celemín y si es de rico otro celemín para el borrico, y si la molinera no tiene jubón otro celemín y no me vengas con tranquilas que te meto la cuartilla. Y esa era su ganancia llamada maquila. Dicen que los molineros tienen uñas de gavi-lanes, ¿que haríamos los demás si pilláramos costales?

A los chicos que entraban de zagalillos en la molinería les decían los ratones y pocos molinos había sin su ratón.

Al ratón de un molino de agua lo mandaron a enseñarle a un parroquiano cómo se cazaban los pe-

ces con un gato. El animal se salía corriendo del agua cada vez que lo tiraban y el parroquiano decía:

—No caza, no caza.

El ratón le contestaba:

—El gato no caza, pero mi amo sí saca el grano de la tolva.

Otra vez el molinero le soltó los borricos a un parroquiano y mientras se fue a cogerlos le quitó el trigo de la tolva, cosa que notó al volver y callando fue y le soltó los gorrinos y mientras corría detrás de ellos recuperó su trigo y algo más. Al volver de encerrar los gorrinos, dice el molinero:

—Oye, me parece que aquí hay un ratón.

—No, dice el otro; lo que hay son dos.

* * *

Se deben, en esta aventura de puntualizar para la historia la estructura de los molinos de viento manchegos, especiales aportaciones a Chaves, que, aunque absorbido por lejanas y heterogéneas obligaciones, en cuanto percibe algo alcazareño que su arte puede resaltar, ya lo está haciendo. Pero cuenta en él tanto o más que su arte de dibujante ejemplar, su alegre disposición, su entusiasmo, su generosa entrega, que es lo que más vale y da a su aportación el carácter de verdadera colaboración, con ideas o iniciativas sugerentes que de hecho mejoran el conjunto de la obra a realizar.

No necesitaba nuestro querido Chaves que se resalten ahora sus méritos artísticos, largamente acreditados en el pueblo y fuera del pueblo en toda ocasión, pero aparte de ser de justicia es de necesidad a los fines de este trabajo, dejar bien claro que gracias al esfuerzo para comprenderlo y a las molestias de ir a verlo, podrán los venideros tener idea concreta de lo que era un molino por dentro y

cómo funcionaba, pues los dibujos que tan eficazmente ilustran este trabajo, son la consecuencia de su magnífica disposición y preparación en primer término y en segundo, de su entusiasmo, de su ilusión por realizarlo y legarlo a su pueblo.

En menor proporción, no por menor interés, sino porque más no fue preciso, hay que mencionar también al delineante alcazareño Romualdo Ortega Galisteo, de honda raíz lugareña, nieto del Calvillo y de las Canijas, que tiene hechos estudios minuciosos y meritorios de los molinos, con vistas a las reconstrucciones llevadas a cabo por el maestro albañil Miguel Muñoz. Ambos nos han asesorado y aportado la experiencia adquirida en la juguetería molinera, que no es poca.

Hay que agradecer, y mucho, sus aportaciones prácticas a Sotero —Francisco Camacho Barrileto—, cuya fotografía juvenil figura en estas páginas, y a Tiburcio —Francisco Cicuéndez Heras— guarda de los molinos de Criptana, con su sombrero de escarapela, pero guarda actual y molinero antiguo, que es lo que da aire a sus explicaciones por el conocimiento de causa.

La historia de Alcázar y la de los molinos manchegos guardará recuerdo de todos ellos con agradecimiento.

El lector curioso y detallista puede que eche de menos en esta descripción la referencia sucinta de los molinos que existieron y que fueron precisos para abastecer la despensa de nuestros antepasados.

En otras ocasiones se ha intentado puntualizarlos, tanto por parte nuestra como por el Ayuntamiento, siempre ateniéndose a los apuntes de Agustín Paniagua que juzgo incompletos, porque no hay cerro donde no se descubran res-

tos de estas construcciones y se concentran precisamente donde lo hacen también los cerros, aumentando su presencia donde llegan a formar sierra, como en el Campo de Criptana que, juntos los cerros y juntos los molinos, se le multiplicaron en la mente a Don Quijote y le impulsaron a la feroz acometida que por este hecho no pudo tener lugar más que en Criptana, pues la sierra de Consuegra queda a trasmano y las de Herencia y la Mota no justifican esa abundancia, aunque sí la necesidad de sus antiguos pobladores.

En algunos otros pueblos y en Alcázar mismo, quedó patente esa necesidad por el hecho de haber tenido molinos hasta en las cuevas de escasa elevación, como la del Santo, donde estuvo el molino Urema, muy comentado y concurrido por su proximidad a la Villa. Y muy extraño en su denominación, por demás inexpresiva, que pudo ser mote o nombre de algún usuario, acaso adulterado por el uso burdo.

En el molino de Urema
estaban haciendo gachas,

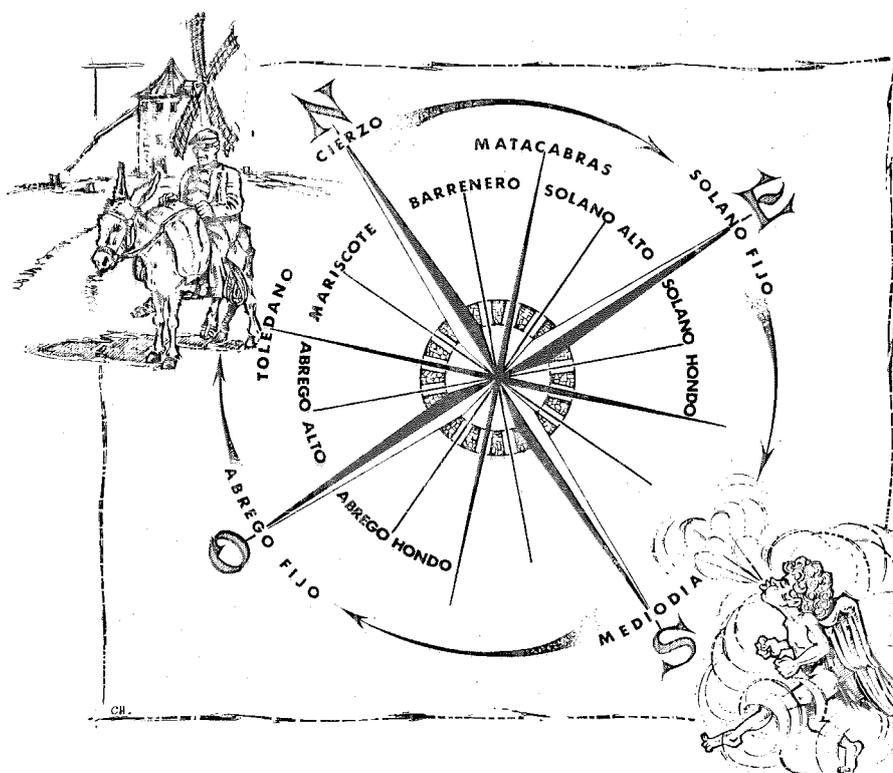
Llegó Gregorio Maquillas
y se llevó la cuchara.

Nuestros molinos recibieron nombre de su lugar de emplazamiento o del de sus dueños, incluso siendo más de uno, como los de los cerros del Tinte, los de la Horca o de San Antón, La Motilla, la Cana, el Chirolo, etc., hasta docena y media aproximadamente dispersos por el término.

Con el aire que lleva
la Chirolilla,
muele más el molino
de Cebailla.

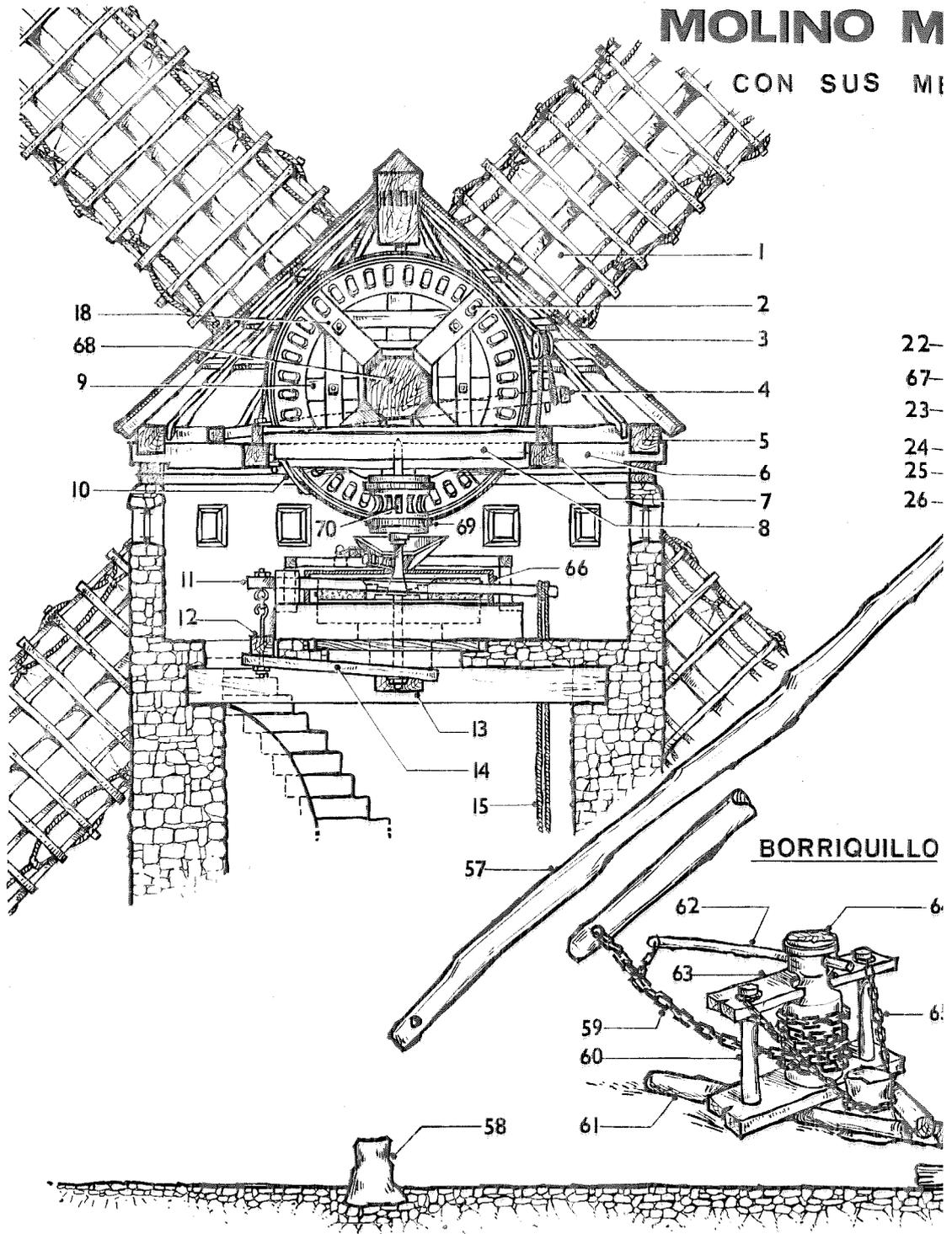
Pero Criptana dispuso de un emplazamiento único y vistoso y sin tener más que los pueblos citados, por ser más chico, los tenía en buena formación y visibilidad y todavía tiene el gusto de conservar uno con el maderamen y las hechuras de la más rancia antigüedad, que nos ha servido para hacer este bosquejo que pueda perpetuar su recuerdo. Le llaman el BURLETA, amparo actual de Tiburcio y cobijo de sus labores de esparto y marquería. Se construyó el año 1555 y estuvo moliendo hasta el 1955.

Chaves ha querido completar las ilustraciones de este trabajo con la rosa de los vientos privativa de los molineros, donde se aprecian los aires y su dirección cotidiana de izquierda a derecha, sin escatimar la pincelada de su arte que avalora la ciencia con la vista del molino, el achaparrado molinero sobre el rucio y el diablillo que sopla y mueve la rueda. Todo sea en favor del mejor conocimiento de la fuerza motriz de nuestros molinos.



MOLINO M

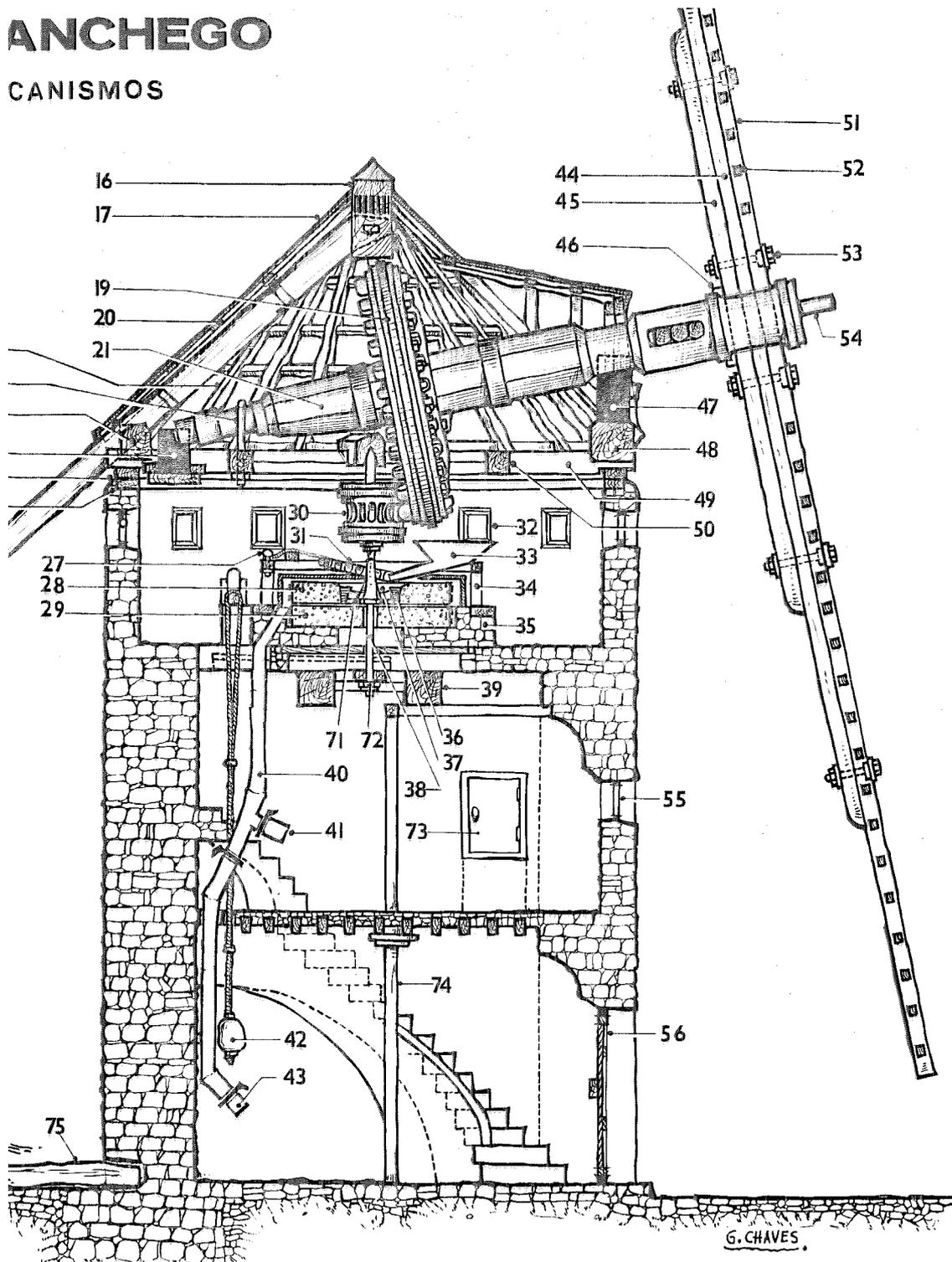
CON SUS MI



1 Lona, 2 Dentería de la rueda catalina, 3 Garrucha del freno, 4 Palo del freno, 5 Madre, 6 Panecillo del telar, 7 Crucero del telar, 8 Puente que recibe el barrón de la linterna, 9 Zoquetes de la rueda catalina, 10 Uña de freno, 11 Alivio, 12 Caballo, 13 Travesaño, 14 Puente, 15 Cordel del alivio, 16 Fraile, 17 Cubierta de cinc, 18 Crucero de la rueda catalina, 19 Rueda catalina o del aire, 20 Costillas, 21 Eje del molino, 22 Plumas, 23 Madre, 24 Piedra rebote, 25 Pringue del anillo, 26 Anillo, 27 Quitapan, 28 Piedra volandera, 29 Piedra solera, 30 Linterna, 31 Guitarra, 32 Ventanillo, 33 Tolva y canaleja, 34 Banquillo, 35 Bancada, 36 Lechinales, 37 Labija, 38 Eje

ANCHEGO

CANISMOS



de la piedra, 39 Marrano, 40 Canalón, 41 Salida harina titos, 42 Contrapeso del alivio, 43 Salida harina de trigo, 44 Macho del aspa, 45 Remacho, 46 Lechinal, 47 Piedra bóllega, 48 Madre, 49 Panecillo, 50 Crucero, 51 Vela del aspa, 52 Telera, 53 Perno, 54 Pijote, 55 Ventana de la camareta, 56 Puerta de entrada, 57 Gobierno, 58 Hito de amarre, 66 Guardapolvos, 67 Abrazadera, 68 Corte perpendicular del eje, 69 Cellos, 70 Husillo de la linterna, 71 Cárcel, 72 Guijo del barrón de la linterna, 73 Puerta de la alacena, 74 Pie derecho, 75 Muerto. Partes del Borriquillo, 59 Cadena, 60 Arbolillo, 61 Patillas, 62 Manivela, 63 Meseta, 64 Borriquillos, 65 Riendas.

ACLARACIONES

Me satisface mucho el hacerlas y más el recibirlas, porque el que me las hagan demuestra el interés con que se siguen estos trabajos y cómo resulta cierto que esta obra lo es de todos, como digo siempre y que poco a poco llegaremos a la reconstrucción de nuestra vida anterior.

Las principales de las motivadas por el libro 33, a las que debo corresponder por ser de interés general, son las siguientes:

Laurentino Manzaneque, que suele hacer crítica punto por punto del contenido de estos libros, dice del pasado, referente a los molinos:

«¡Con cuánto cariño guardaré este de los molinos! Parece fácil, pero nadie que yo sepa dió en ello. Una descripción y dibujo tan completos de este símbolo tan entrañable y eterno, con el paisaje y el alma manchega, son algo que sin saber cómo todos echábamos a faltar. Dice usted muy bien en la manera de hacer de Chaves, con entusiasmo y con ilusión, así es como se hacen las cosas que se sienten y por algo las obras de artesanía llevan eso especial que no tienen las cosas en serie y por ello cuando esto se da en personas dotadas o nacidas de esa gracia, se ve el reflejo divino, se logran esas manifestaciones de arte que sea cual sea su forma nos conmueven hasta los últimos rincones. Queda incorporada a su relato esa serie de palabras castizas y alguna típica manchega de las que no hace falta buscar su etimología y las propias de la jerga molineril se perderían en la gente del pueblo, pues creo que hoy es ya posible que algún hijo o nieto de molineros no sepan a la primera varias de las que eran tan usuales y corrientes en sus abuelos.»

Como en lo de Benitillo aparece el apellido Manzaneque, pregunta si los Manzaneques de Alcázar procedían de Urda, como se dice que proceden los de Criptana.

En el curso de esta obra hay muchos detalles que hacen verosímil el origen campesino de los Manzaneques alcazareños, que son Rodríguez Manzaneque, aunque se haya perdido por el uso la primera parte del apellido, pero alguno lo ha conservado, como hay también quien ha omitido el Manzaneque y conservado el Rodríguez. Pudiera ocurrir, como apunta Laurentino Manzaneque que todos vinieran del pueblo de este nombre, cerca de Urda o de Urda mismo, que por implantación de alguien tomara Manzaneque, pueblo, nombre de su primer vecino o del que lo fuera más calificado. Sería una curiosidad aclararlo, pero cuán difícil y trabajoso.

Al hablar de las Cenjoras de Criptana, con perfecto conocimiento de personas y de cosas, cuenta dos detalles humorísticos, el primero que a los coches utilizados por ellas, primero de sangre y después de motor, les llamaba la gente «el carro de la carne» y el segundo, que en el teatro hubo una fila que de cada dos butacas se hacía una.

Las salidas del tío Cartagena le recuerdan las de su paisano el tío Pipiolo.

Refería un día sus mañas para la caza y el número de piezas que cayeron en sus

manos. Una vecina le pidió una codorniz y él se la prometió. Contenta la moza compró jaula, panizo y escarpia para que resistiera los saltos del animal.

Pasó tanto tiempo sin cumplirse la promesa y alardeó tanto el cazador de su maestría que la muchacha se decidió a recordarle su promesa y él le contestó que se la daría en cuanto llenara sus jaulas.

—Pero, ¿cómo son sus jaulas, si ya ha cazado usted más de treinta?

—¿No has visto mis jaulas? Pasa, chica. Y sacó una olla de las de las bodas, diciendo:

—Mira, esta es la primera. Aquí las arreglo. Y dándose una palmada en su lustrosa barriga, añadió: y aquí las enjaulo. En cuanto que las llene, la primera para ti.

Le venía el apodo de que tartamudeaba y como era tan comilón, al variar la comida le decían las mujeres:

—¿Qué, hermano Juan José, a por el pipi?

Y él con tono conformista, continuaba la frase... a... a... a... por el pi... pi... olo que salga.

Otro campesino, Juan Antonio Lucas Martínez, también observador y amigo de los molinos, se lamenta de que los nombres de las piezas no se hayan puesto al pie del dibujo del molino para facilitar su comprobación. Así se pensó pero luego no se pudo hacer si bien queda corregida la falta en la presente edición.

Son muy dignas de mención sus observaciones.

Recuerda que los molineros decían que iban a tender los lienzos y no las lonas, deduciendo que las telas de los molinos eran lienzos y no lonas. Así mismo los medios de sujeción de éstos los denominaban soguillas y no sogas y se las hacían los mismos molineros y molineras con esparto mojado y machacado. Es lo mismo pero puede ser que se usara el diminutivo por utilizarse en el molino otras sogas más gordas.

Agrega que la soguilla que pasa por las asillas se llama **quitaera** y no **corredera**. Qué lástima de nombre no haberlo sabido antes, pues aunque los dos le cuadran bien, es más molinero **quitaera** y evita la confusión con el nombre de la piedra de arriba.

Cree que la puerta del molino se abre a la izquierda, pero no, lo que hace es estar cerrada a la izquierda y por lo mismo se abre a la derecha o de izquierda a derecha. Tampoco es real que las aspas sean cuatro y cuatro las velas. Las aspas son cuatro pero las velas son dos, con un armazón común para cada dos aspas. Los telares sí son cuatro, porque cada aspa tiene el suyo.

Otra aclaración que estimo importante es la lograda en la Mota, gracias al interés de su prestigioso médico don Antoliano Castellano y a la suerte de que quede por allí un molinero del tiempo de nuestro Sotero, llamado **Benedicto Zarco Jiménez**, hijo del Barbas.

Este detalle es que la rueda del aire, que otros llaman Catalina, allí le dicen de la **puntería**, cosa mucho más propia por ser la que lleva los **puntos** que engranan en los husillos de la linterna y mueven el molino, como puede comprobarse en el trabajo que va aparte.

Este nombre debe prevalecer, como los de **lienzos** y **soga quitaera** indicados por el campesino y amigo Lucas Martínez.

Con ello se muestra también de acuerdo **Chinales**—Eugenio Contreras Valbuena—, el juglar de la Mota, original cantor de sus esencias y cuidador actual de los molinos de aquella loma, desde donde se divisa uno de los panoramas más

sugestivos de la Mancha, recreo del espíritu delicado y humorista del bueno de don Antoliano.

Hay que agregar otro detalle del Barbas referente a la cantidad de molienda por unidad de tiempo, ellos molían seis fanegas de candeal en una hora, que es el doble de la referencia que nos habían dado anteriormente. No deben extrañar estas discrepancias, incluso entre los del oficio, porque se olvida todo y el determinar la altura total del molino, tan visible para cualquiera, nos costó dar no pocas vueltas.

Dado el estruendo ensordecedor que se forma en el molino durante la molienda, el molinero, si está solo, suele tener la puerta cerrada, pero jamás oye llamar ni aunque tiren la puerta. Sin embargo los entendidos utilizan un recurso seguro y fácil, el de golpear suavemente con la mano en el palo del gobierno, con lo que el molinero sabe enseguida que están llamando y que es gente del arte o de la casa.

Es una nueva indicación de Tiburcio, como la de que la harina más fina se logra teniendo en ella la mano izquierda y la derecha en el alivio y todavía mejor moliendo las mujeres, por la mayor suavidad de su tacto.

Sobre la soguilla quitaera hay que decir que desempeña otra misión fundamental cuando anda mucho aire y se muele a medio lienzo. Entonces se desabrocha un lado de abajo y se repliega el lienzo sobre la soguilla formando un pico de pañuelo, hasta la altura que convenga, atando la soguilla en el borde contrario y anudándola con la del lado opuesto. En el caso de aflojar el aire se extiende y azota el aire sobre todo el lienzo.

Sobre el personal de la puerta de la taberna de Federico, han surgido modificaciones importantes, la de más bulto, acreditada por el interesado, es que el que está sentado de frente no es Isidro el Cabrero, sino Luis Sánchez el hijo de Joaquín Junquillo, aquel que era celador de alambres y Luis andaba por entonces repartiendo «partes» por las calles. Vaya broma que nos ha gastado Isidro, pero a nadie de los que le conocieron les llamará la atención y dirán:

—¡Estás viendo! Si sigue igual en el otro mundo.

Son varios los que coinciden en creer que es Fernando Cortés, el pescadero de la calle del Santo, el que está sentado con él. Le conocí mucho y no me convence la idea, como tampoco me entra del todo que el que está en la puerta con Amador Vaquero sea Diego Grande, el que se casó con la Orfelina de Cartagena, cuñado de Leoncio Sáiz.

En cambio se ha identificado al chico tabernerillo que lo es el más pequeño de Pedro Cagalera—Paco—, que está clavado, la hechura de su cuerpo, su manera de estar de pie, el gesto de su cara y toda su facha, característica de la familia, lo identifican sin ninguna duda. El no haber caído antes fué por no fijarse bien e ignorar que hubiera estado de tabernero teniendo su padre la tienda enfrente, pero es lógico todo y más oyendo a Luis Sánchez de referirlo, que es que pasó un tío retratista y llamaron a los que cruzaban por allí en ese momento y los pusieron, con lo que resultaría que el mandil del chico de Escobar no era el de la taberna sino el de las sardinas. ¡Valiente chasco, señores! Para fiarse del aire del Cristo. Cuando digo yo que... y eso que ya estábamos por el año 1915.

* * *

NECESIDAD DE LA POBREZA

Asistimos a un cambio tan grande de vida que uno se queda perplejo de lo que vé, aún no participando de ello o haciéndolo muy escasamente.

La Humanidad, como nave sin gobierno azotada por los temporales, va dando bandazos de orilla a orilla y salpica en sus zambullidas hasta los últimos rincones de la corteza terrestre.

Al siglo anterior se le llamó el de las luces, y la elocuencia entonó sus más bellos cantos en honor del progreso anhelado, que no ha empezado a realizarse hasta el presente.

La buena vida, como el buen tiempo, invita al paseo y a la cháchara frívola. La comodidad engandula a la gente y la hace ineficaz.

Dice Marañón que el lujo obra en contra del ambiente y de la obra científica. Se podría agregar también que en contra de cualquier obra relevante y nadie que tenga experiencia de la vida lo negaría.

La riqueza en manos del hombre absorbido por ideales es un estorbo en lugar de una ayuda, por quitarle la tranquilidad que necesita para sus meditaciones. Y además constituye un camino seguro de desgracia para sus descendientes.

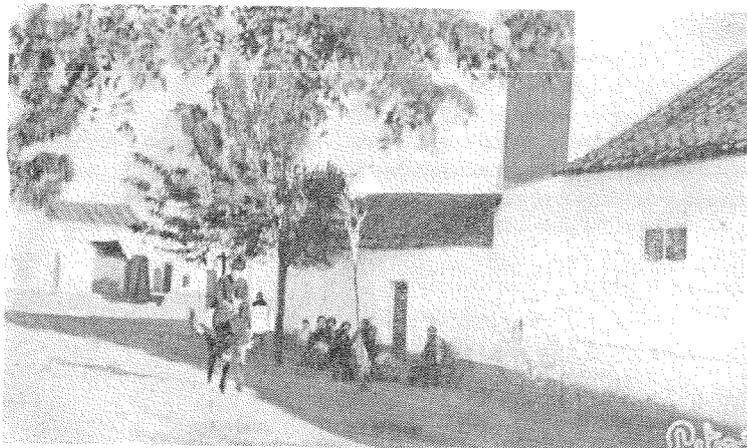
La estrechez, la dificultad y la incomodidad son acicates inmarcesibles para el hombre trabajador.

Si la pobreza es excesiva, cosa poco probable en el hombre maduro si nunca se abandonó, puede crearle la dificultad de tener que ganarse el pan que tanto empaña el pensamiento idealista, pero aún así, siempre le será menos estorbo éste que el de la abundancia dineraria con sus múltiples incitaciones.

Se puede asegurar que el que se dedica a ganar dinero, es decir, que trabaja sólo por la ganancia, no hará muchos progresos científicos y no será poco que se mantenga al corriente de lo que hagan los investigadores, porque ni tiempo tendrá de desfundar las publicaciones. Será rico, pero no sabio, y es seguro que no perdurará, como se ve en las personas nombradas que desaparecen cada día.

La preocupación del dinero y las exigencias de su cuidado engendran la avaricia y el celo por su conservación, que es una de las virtudes del avaro, y se simbolizan mejor que en nada en la circunstancia del mendigo que pidiendo hizo su tesoro, mayor o menor, que conoció el mundo, sorprendido, después de su muerte. Aquel anciano, o aquella abuelita, que iba pidiendo, resulta que al morir deja una calceta de plata y vivía siempre en la miseria. La gente se asombra y piensa maliciosamente en el engaño, en la hipocresía o en la falsedad, cuando, en realidad, aquel ser fue fidelísimo a sí mismo y a su necesidad de previsión. Guardó para no perecer si alguna causa le impedía ir a implorar la caridad, convencido de que la caridad que él conocía no vendría en su socorro. Es ejemplar y denota responsabilidad o instinto de conservación el no dilapidar lo ganado, aunque no lo comprenda todo el mundo, como lo es la vida sencilla y clara del hombre de pensamiento que por más que vea u oiga sigue apegado a sus costumbres simples que le dejan el cuerpo y el alma libre de trabas para idear, para soñar y llegar a nuevas realidades, que son la verdadera riqueza, convertida luego en crematística por los menos fantásticos.

Es un error darle al hombre resueltos los problemas que debe resolver él y aliviarlo de responsabilidad quitándole el peso de sus abandonos o equivocaciones, que es precisamente el que le corrige.



Pozo Cardona

ESTAS callejas, de aspecto berberisco, fotografiadas con singular acierto por «Pitos», se encuentran en los atrasares del lugar, dando al mediodía.

Sus nombres son de los buenos, de los que cuadran con la perspectiva de callejones cortados por muros terrizos y monótonos, de máxima rusticidad, en un suelo cualificado por las resultas que el uso le fué imponiendo.

Son dos cuadros, de aspecto musulmán, que remueven los sentimientos ancestrales de la raza. Tal es su hechizo misterioso de cosas que no existen, pero que sin embargo se perciben.

Esa pared de la portailla es un lienzo velazqueño. Enjalbegada sobre el desconchado, magnífica y sin huecos, tiene una espiritualidad extraordinaria, a pesar del estorbo de los árboles, que no podían darle nada, ni sombra, porque la tiene, y sí, en todo caso, hacérsela mala, como se la hacen, limitando su contemplación.

Esa pared, como las del cuadro inferior, son verdaderos espejos.

Una pared blanca, dicen que era para Leonardo el mejor espejo de la luz y del color. Y aunque en La Mancha no resalte tanto como en Andalucía la albura de los muros, ni estén tan rechinantes como allí, el silencio, el apartamiento que emanan de esa pared, nos habla de abstracciones imaginativas y contemplativas de



y Moraleja

sus moradores que, en efecto, ven de pasar la vida, como el árabe, sentados en la puerta de su casa.

Es de día y con buen sol todavía, pero quitados los transeúntes, «Hormigas» con su carro, el yerno del tío Gabino Chocano con su borriquillo de la leche y Aníbal con la chica, nada nos impediría suponer que estábamos viendo una noche de luna tetuaní, de las que describía el Dr. Juarros en su «Ciudad de los Ojos bellos».

Sin esos cuatro transeúntes, que son cuatro justamente, la quietud y el silencio serían absolutos; un silencio de eternidad en el que apenas si las sombras alteran la uniformidad deslumbrante de la claridad celeste que encoge al hombre y le sume en su pensamiento, abatiéndole contra su choza, pero un poco fuera de sí mismo, como si soñara, desbordada la imaginación, como la del hidalgo.

Tened la seguridad que Cirilo, el lechero, va echando sus cuentas montado en el rucio, sin reparar por dónde va ni con quién se cruza y que «Ganchín» y «Rabín», sentados en su puerta, ven a los que pasan como sombras, devanando la madeja de su pensamiento propio.

Ese es el valor de estas paredes, el ser espejos opacos de vidas concentradas que no buscan el verse la cara y cuya sombra se proyecta en los muros o en el suelo, con el sol o con la luna, como fantasmas errantes de un mundo quimérico, silente, indescifrable.

Azorín y

ENTRE las efemérides de antaño, hay que recordar algunas singulares, únicas en la vida del lugar y bien centradas en los tiempos que consideramos. Aquellos en que Guerras, —D. Juan Alvarez Guerra, nuestro gran indiano—, Salamanca, el banquero y Ribas, el Marqués de Mudela, como empresarios, plantaron en nuestro suelo la Y griega del carril de hierro, con su rasgo inicial en Madrid y los finales, abiertos aquí, hacia Levante y Andalucía.

Por ese carril vino todo, a partir de entonces, y los alcazareños se quedaron como asombrados.

Además de Salamanca y Ribas, hombres de acción que nos dejaron la Estación y las bodegas, vino por ahí Salmerón, que rindió homenaje a su compañero de profesorado en la Universidad de Madrid, el alcazareño D. Tomás Tapia. Vino Canalejas, vino D. Melquiades, vino Gasset. Pasaron los Reyes y los Gobiernos miles de veces, bien notadas por la concentración de Guardia Civil que les precedía. Pasaron y posaron horas y horas los repatriados de Cuba, pasaron de continuo las tropas de Africa y pasaron infinidad de viajeros y mercancías de todas partes.

Alcázar se hizo al ruido de los vagones y al barullo de la salida de la Estación y contempló con calma todo lo que pasaba, cobrando por ello fama de apático e indiferente.

Entre esta indiferencia pasó un día, también, el Pequeño Filósofo, de aire ensimismado, con sus cavilaciones.

El hombre hermético iba en realidad enardecido, mirándolo todo, penetrándolo todo, queriendo descubrir hasta en sus huellas minúsculas la señal de todo mal, una verdadera locura en la que solo le había precedido aquel Caballero del Ideal, cuya ruta se decidió a seguir y no solo por La Mancha, sino por España entera, aunque fueran La Mancha y Castilla el solar predilecto de sus andanzas.

Venía de Levante, con la mirada hecha a las claridades mediterráneas y al verdor de los matorrales alicantinos y por aquí había de pasar, entonces y ahora, para ir y tornar a sus lares, recibiendo siempre el efecto alucinante de la estepa. No es extraño que sintiera la tentación de apearse de aquel tren mixto de a treinta kilómetros por hora para correr a pie los caminos que veía desde la



Alcázar

ventanilla y que el gran libro del Hidalgo le había mostrado como los incomparables de la quimera.

¿Qué vio y con quién se encontró el Pequeño Filósofo?

Se encontró sobre todo, con Alcázar de San Juan, en el cruce de todos los caminos, los de hierro y los de tierra, y le nombró Capital Geográfica de La Mancha, haciéndole gran merced, a usanza de los grandes caballeros, enderezadores de entuertos y defensores de la Justicia.

Se encontró, también, con una familia de campesinos,—campesinos por ser del Campo de Criptana—, joviales y fantásticos, aunque ellos se llamaban Sanchos; los hermanos de José María Gómez, el de nuestra Dositea, que con nombrarlo basta.

En su final de la RUTA, que fué en Alcázar, no se acordó Azorín de mentar a José María, cosa extraña por la larga convivencia que tuvo con sus hermanos: Bernardo, el boticario de Criptana y maestro de la Música, verdadero creador del espíritu filarmónico criptanense que perdura y autor de aquel himno a Cervantes, del que habló con insistencia y tocó reiteradamente en el arminium del Oristo de Villajos, durante la romería memorable que prepararon para agasajar a Azorín entre D. Bernardo, D. Pedro, D. Victoriano, D. Antonio, D. Jerónimo, D. Francisco, D. León, D. Luis, D. Domingo, D. Santiago, D. Felipe, D. Angel, D. Enrique, D. Miguel, D. Gregorio y D. José, con larga fila de carros y galeras, provistos de gavillas y sartenes, música de caracolas, abundante merienda y bota.

El otro Gómez era Carlos, el boticario de Argamasilla, presidente de su Academia cuando el Maestro Azorín inició allí «La Ruta de Don Quijote» y se encontró, como el pez en el agua, «entre aquellos hombres tan amables, tan discretos, tan sencillos,—Don Cándido, D. Luis, D. Francisco, D. Juan Alfonso y D. Carlos—», que entre los olores de la botica mantenían «un hálito de arte y de patriotismo» localista, siempre temeroso de que los eruditos, alentados por los rencores pueblerinos, pudieran negar a Argamasilla el honor indiscutible de ser la patria verdadera de Don Quijote.

Azorín recorre el campo manchego.

Hace jornadas largas que comienza temprano, como Alonso Quijano el Bueno: «a la del alba sería».

A las seis de la mañana sale de Argamasilla hacia el Puerto-Lápice, con Miguel, en su carrillo destartalado, tirado por una jaca microscópica. El maestro Azorín ama esa hora, en verdad única, en que, «el aire es diáfano y hay en la atmósfera una alegría, una voluptuosidad y una fortaleza que no existen en la restantes horas diurnas».

«La jaca corre desesperada, impetuosa, por la llanura infinita, por la llanura desesperante» y a eso de las once, después de cinco horas sin ver más que algún cuclillo por los majanos, el Maestro Azorín entra en reflexiones sobre lo que pensaría Don Quijote cuando en aquella mañana ardorosa de julio «iba por estos campos a horcajadas de Rocinante, dejadas las riendas de la mano, caída la noble, la pensativa, la ensoñadora cabeza sobre el pecho»

porque «solo recorriendo estas llanuras, empapándose de este silencio, gozando de la austeridad de este paisaje, es como se acaba de amar del todo íntimamente, profundamente, esta figura dolorosa» y se comprende que «Alonso Quijano había de nacer en estas tierras y cómo su espíritu, sin trabas, libre, había de volar frenético por las regiones del ensueño y de la quimera».

Y en esas meditaciones traspuso Villarta, sobre las dos de la tarde. A las cinco entró en el Puerto y en la posada de Higinio Mascaraque, ilusionado con alcanzar la venta donde Don Quijote fué armado caballero.

El cuarto que ocupa Azorín en la posada es pequeño, sin ventanas y se pone a escribir a la luz de una vela, ¡después de once horas de carro! Su abnegación queda bien probada.

A las seis de la mañana sale de su cuchitril y a las siete ya estaba en casa de D. José Antonio, el médico del Puerto, hombre impregnado del efluvio quijotesco, como todos los hallados por Azorín en su RUTA.

Van al lugar donde estuvo la venta y examinan el solar haciéndose consideraciones sobre los encuentros que tendría Cervantes en la venta «con pícaros, mozas de partido, cuadrilleros, gitanos, oidores, soldados, clérigos, mercaderes, titiriteros, trashumantes y actores» las veces innumerables que en ella estuvo, y se despide de D. José Antonio, hombre de achaques incurables, al que ve alejarse con la tierna simpatía de lo que camina hacia su desaparición.

Azorín nos hace gracia del molimiento de su viaje de vuelta del Puerto y nos pone camino de Ruidera, donde se nos presenta en el mesón de Juan, después de ocho horas de tumbos y traqueos en el carrillo de Miguel, para ir en busca de la cueva de Montesinos, a donde se encamina muy de mañana a lomos de rocines infames, a monte traviesa, en un día tenebroso.

Todavía había de hacer Azorín otra caminata en carro, desde Criptana a El Toboso y hallar otro grupo de cervantistas, los más acérrimos y menos académicos: D. Silverio, D. Vicente, D. Emilio, D. Jesús y D. Diego, cuya indudable relación con el autor del Quijote, queda patente desde el momento que allí se le llama sencillamente Miguel, como es de rigor en todos los pueblos manchegos para los nacidos en ellos y no fué poco que D. Silverio transigiera con que Miguel fuera de Alcázar y que lo fuera también Blas, su padre, aunque no el abuelo, porque el abuelo de Miguel es de El Toboso, sin ninguna duda.

Azorín quiso echar la llave de sus correrías en Alcázar de San Juan. Llegó en un día infernal, de aquellos que decía D. Magdaleno que no andaban por la calle más que los médicos y los perros, de viento huracanado y frío, de impetuosas polvaredas que sujetaban al viandante en la calle desierta y le cegaban, envolviéndole en remolinos enloquecedores y no vió más que algún labriego liado en su manta y alguna mujer con la saya cobijada hasta las narices. El Casino desierto, con las estufas apagadas, sin nadie que atendiera sus llamadas. La Fonda también sin lumbre y su cuarto helado, donde al dejarse caer en el asiento sintió «todo el tedio,

toda la soledad, todo el silencio, toda la angustia de la campiña y del poblado».

Pero Azorín no ha olvidado a Alcázar de San Juan, ni ha olvidado nada del suelo español sobre el que arrojó abundante semilla y al ver, aunque sea por casualidad, algo que pueda semejar algún brote ignorado de siembras olvidadas, aflora en su mente el recuerdo de sus antiguas andanzas, ahora llenas de ternura y simpatía, y escribe, como soñando: «Alcázar de San Juan...»

Y Alcázar se lo agradece, Maestro Azorín.

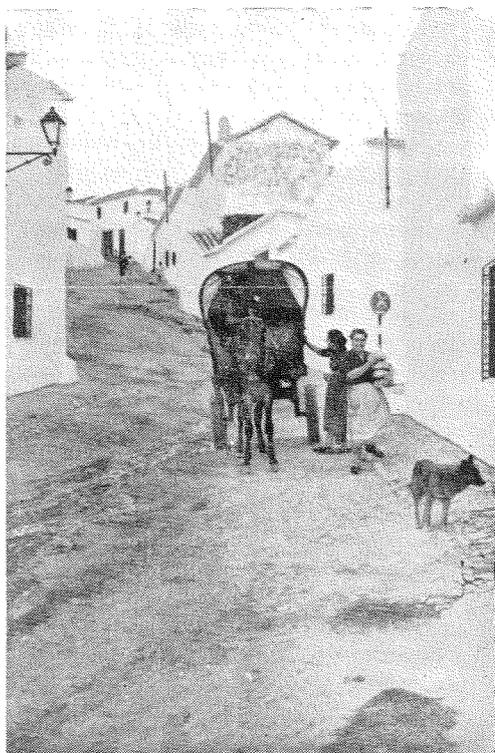
* * *

Perspectiva

Esta afortunada fotografía tomada por el pintor Luis Sánchez, en Criptana, representa una escena típica de nuestros pueblos; la de tomar el pan las vecinas del carro que lo reparte alrededor del mediodía.

La calle empinada, como si fuera verdad lo de la SIERRA, según pasa en Alcázar con Los Alterones, con su arroyo en medio, como en los pueblos de montaña verdadera. Estas calles son evocadoras y típicas como pocas, incluso en sus nombres, tan castizos, tan significativos, el Rodadero, el Caño, Santana, dando nombre a las cuevas a donde conducen, de resonancia mora, como en las colinas granadinas.

El cuido y el aseo perfectos, típico de las campesinas. El encalado impecable a todas horas y justo hasta el piso de la calle, como en los más pulcros lugares de Andalucía a los cuales no tiene envidia este Campo de Criptana que es, por muchas razones, orgullo y honor de la comarca.



EL SILLON DEL ABUELO

Se ha hablado mucho de la tendencia del hombre al mínimo esfuerzo, es decir, a la comodidad, y algunos piensan que el hombre no debía trabajar y que así podría ser si las cosas estuvieran bien repartidas. Consideran que la subsistencia humana es un problema de distribución y la holganza su aspiración suprema. El hombre no tendría más que satisfacer sus apetitos y dormir, como un animal cualquiera, sin los azares, siquiera, que para ellos implica el buscar la comida.

Es este un pensamiento bastante generalizado y consecuente con las tendencias de los tiempos corrientes.

Se ve, sin embargo, que tales tendencias son contrarias al interés biológico del hombre.

Cuando está en el campo o en contacto con la naturaleza, recibe con la mayor naturalidad toda clase de inclemencias, sin impresiones excesivas.

Si vive en la ciudad, se le hace insostenible cualquier vientecillo o chubasco. La vida activa le mantiene ágil y despierto.

La desocupación le entorpece los remos y la mente.

Y a la larga, una larga cortísima, lo entumece, dejándolo prácticamente inútil.

Cualquier observador puede hacer en sí mismo esta prueba, con el simple hecho de modificar alguna de sus costumbres o fijarse en el efecto que le produce a alguna persona que pueda verla de cerca. En este sentido, el abuelo suele ser el mejor sujeto de observación.

El pobre hombre, en el mejor de los casos, que se le respete y considere,—rara avis,— se deja llevar al asiento cómodo que le preparan zalameramente a cambio de que no estorbe, es decir, de que renuncie a todo lo que fué su vida, entre lo cual se halla la vida misma.

La silla vieja e incómoda se reemplaza por un sillón o butaca propicio al anquilosamiento y al continuo dormir y el abuelo, que ingenuamente cree haber alcanzado la paz del espíritu y la tranquilidad de su cuerpo, se entrega dulcemente a la somnolencia, precursora de la muerte, que llegando de ese modo todos creen que es lo mejor a que podría aspirar

Hay muchas personas en plena juventud, hombres o mujeres, que se encuentran en el caso del abuelo. Favorecidas más o menos por las circunstancias familiares quedan situadas en un declive precoz y la inercia las lleva a la situación de verdadera calamidad para sí y para los demás.

La vida es movimiento y el organismo se deteriora menos funcionando que parado y se conserva mejor y durante más tiempo. La máquina parada queda amenazada de desguace próximo y nuestro cuerpo difiere poco de ella. El deportista que logra el máximo rendimiento de sus facultades y la perfecta adaptación a todas las posibilidades de su arte, si deja el entrenamiento diario ya no puede competir y para hacerlo necesitará entrenamiento o preparación más largos que cuando vivía vigilante a su necesidad.

Todos los contertulios de casino saben que después de unas horas de grato conversar, les cuesta trabajo levantarse del sofá, para irse a cenar o a acostarse y les sería imposible echar una carrera si lloviese.

Las comodidades van en contra de la vida efectiva, que es salubridad, ausencia de molestias, potencial biológico, como decía D. Magdaleno en los informes de los quintos, vigor y rendimiento, espíritu emprendedor, desprendimiento fácil, ilusión por seguir.

El escepticismo alcazareño, no sólo ha limitado el engrandecimiento del pueblo sino que ha acortado muchas vidas espléndidas que no tuvieron más motivo para perderse en plazo corto que los achaques dimanantes de la inacción. Y esa es la causa, segura, de que se quedaran viudas casi todas las mujeres diligentes de Alcázar.

Con la inconsciencia de los inexpertos reproché yo a mi padre algunas de las incomodidades de las que nunca quiso apartarse, entre ellas la silla, ni alta ni baja, con asiento de esparto machacado hecho por él. Y ahora cada vez que voy donde está guardada, como me ha pasado en este instante, no puedo menos de amonestarme a mí mismo. ¡Pero, Señor, cuánta razón tenía y qué ágil se conservó! ¡Oh, la juventud! ¡Divina, sí, pero qué pretenciosa y petulante!

Viejas de mi familia

La hermana Rumalda, la hermana Eulogia, la hermana Eusebia. ¡Cómo las recuerdo! Tan viejas, tan arrugadas, tan pasadas, tan alejadas ya de todo, reducidas a lo ínfimo material, el bocado de pan, las cuatro ascuas y el renfunfuño continuo por las incomodidades mínimas de la vida que tanto tarda en acabar cuando no puede esperarse nada bueno de ella. Las tres eran menudas, morenas, de esa piel fina, avellanada, despegable, limpia y sana, que al estirla y soltar, se va replegando sobre sí misma recobrando los dobleces de la senilidad.

Me han traído su recuerdo otras parientas que van por el camino que ellas recorrieron, al oírles los reproches mutuos, que tanto les oí a aquellas, de las particularidades nimias que no se aguantan y de las quejas increídas que no se soportan y se toman como pesadez o cansera de lo ya sabido y no obstante repetido con la continuidad de las goteras, porque en la lamentación o en el quejido está el único desahogo posible y desahogarse es aliviarse. Siempre me impresionaron mucho las casas donde había muerto la madre y la de los viejos solitarios quebrantados.

¡Pero qué melancolía la que despiertan estas viejas!

Todas salieron del nido paterno, cada una por su lado, como las pajarillas campestres que se pierden de vista en el Cielo. Todas esperanzadas en una vida placentera, diferente de aquella, con desabrido gusto, que se les fue aposando durante la infancia y la juventud, por torpeza o impericia de los padres, siempre tenidos por ineptos. Vuelan las pajarillas y se pierden de vista en las alturas. Se posan en la enramada o en la pedriza abrupta, celadas de lince y gavilanes que les arrancan las plumas o arrebatan la vida al menor descuido.

Van en busca del amor y no es posible arredrarse. El camino está cubierto de zarzas que pinchan y laceran la carne, pero la ilusión lo traspasa y se sigue, se sigue...

Si no se perece, se vuelve con las huellas de la travesía y puede ocurrir, como en la casa del hermano Benito, que vuelvan todas las que salieron, aunque alguna se haya aventurado al máximun y reiteradamente.

Esta vuelta al nido que se dejó enfriar es patética, después de no recibir calor en ninguna parte, por haberse apagado también todos los fuegos encendidos en el viaje de ida y si alguno no se extinguió totalmente no es aplicable a la propia confortabilidad.

¡Hijos sin madre! ¡Madres sin nadie! ¡Qué contrastes y qué diferencias!

Los primeros pueden ganarlo todo con el tiempo. Las segundas perderán de seguro lo que les quede. Y no es poco, después de aquel impulso y aquella fogosidad del vuelo, que haya un rincón donde ampararse, en lo que se juzgó ínfimo o imperfecto, aunque sea con la incomodidad de oír a la hermana de quejarse.

La soledad de los chicos sin madre se neutraliza con la inquietud, con el desorden, con la vitalidad. La de los viejos se acentúa con el poco vigor, con la templanza y con la continencia.

Los viejos solitarios, desoidos y no vistos por la juventud, que vuelven a juntarse otra vez en el primer nido, sin ninguno de los alicientes que lo animaron antes, ¡qué tristes y solos se les encuentra!, como si hubieran equivocado la camada y entrárase en la ajena en lugar de la propia.

CHICAS DE MI AYER

Como una mozueta,
jugando a la rueda,
te veo, mujer.
Suelta la coleta,
en la plazoleta,
eres, como ayer;
la voz argentina
que me encalabrina,
la que ordena el corro
y todo, a su modo,
lo lleva a placer.

Los capullos reventones,
se empiezan a abrir,
naranjitas y limones
y calorcillo de abril.

Arroyo claro,
fuente serena,
donde mis pesares
lavar quisiera.

Tengo una muñeca
vestida de azul,
con su camisita
y su canesú.

Me mira saltando,
según va cantando
y me dice hablando
mi vida eres tú.

Mañana me voy a Palma,
pasar el río no puedo,
pásame, Pepe del alma,
con tu caballo ligero.

Al levantar una lancha
una jardinera ví,
regando sus lindas plantas
y se parecía a tí.

Jardinera, tú que entraste
en el jardín del amor,
de las plantas que regaste
dime cuál es la mejor.

La mejor es una rosa
que se viste de color,
del color que se le antoja
y verde echa la hoja.
Tres hojitas echa verdes
y las demás encarnadas,
o tí te vengo a elegir,
amigueta de mi alma.

DESAMPARO

Desamparo y soledad son dos de los más grandes problemas que tienen planteados todos los vecinos de los pueblos de nuestra comarca.

No hay día que no se hagan presentes en la consulta médica cuando por una u otra causa las personas no pueden atender sus necesidades, aun teniendo dinero, ni encuentran quien les ayude.

De día en día se hace más patente y extensa esta situación, hasta el punto de que nadie podrá por sí solo darle solución y será menester unirse en cada pueblo y los pueblos entre sí para que los desamparados, pobres o ricos, no perezcan en el abandono dentro de una sociedad próspera y sobrada de medios.

Es indispensable constituir en cada pueblo un patronato de personas humanitarias y de arraigo en su localidad que administre los bienes que reciba e instale adecuadamente a los desamparados, calificativo del que podrán escapar pocos, o tal vez nadie, en uno u otro momento de su vida, por muchos que sean sus medios de fortuna.

No es ésta una idea que se lance por primera vez ni expuesta por ganas de hablar. Cualquiera que observe la vida, mirándose a sí mismo, puede pensar lo que será de él si no se procura entre todos un alojamiento donde las necesidades últimas puedan ser atendidas con eficacia, con prontitud y con amor. Urge que se constituyan los patronatos y que éstos preparen las residencias donde encuentre consuelo la soledad y amparo el abandono que indefectiblemente nos ha de acompañar al final o antes si nos incapacitamos.

El problema excede a las posibilidades individuales, pero no a la suma de las buenas voluntades, y la nuestra, humildísima, está siempre dispuesta a la aportación que le permita su modestia y a la unión con quienes lo comprendan y manifiesten su deseo de resolverlo.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1971